

## *Nada*      **Carmen Laforet**

*Nada* es la historia de una chica *rara, infrecuente*, como la define Carmen Martín Gaité, y de la que también nos dice que “las peculiaridades insólitas de su conducta la convierten en audaz pionera de las corrientes existencialistas...”.

Cuando Andrea abandona el pueblo para ir a Barcelona a estudiar, todo lo que se encuentra en la casa sobrecargada de la calle Aribau, le parecerá luego “una pesadilla”.

La “mancha blanquinegra” de una anciana decrepita, su abuela, la recibe en medio de ese trasterío de almoneda. Luego, irá descubriendo uno a uno a los moradores de lo que iba a ser su hogar durante el año siguiente: la criada Antonia tan de negro como su perro Trueno, con su dentadura verdosa y su presencia siniestra que erizaba el vello de Andrea cuando se la cruzaba por la casa. Su tío Juan, con su cara “llena de concavidades, como una calavera”; y su esposa Gloria, joven e ingenua, con su “languidez de sábana colgada”. Su tía Angustias, con sus intransigencias de beata católica y sus pretensiones de “corregir” las inclinaciones de Andrea a la libertad de movimientos, libertad a la que Andrea no quiere renunciar, a pesar de las advertencias de su tía sobre los peligros de vagabundear por las calles de Barcelona. Y su tío Román, el maquiavélico e interesante, perturbado y perturbador habitante de la buhardilla del final de la escalera. Con su loro al hombro, el cual “chillaba de forma espeluznante cuando menos lo esperabas” —Andrea creía que estaba loco—, y que soltaba ristas de improperios que hacían sonreír a Román.

Andrea pasó en Aribau las temporadas más excitantes de su vida infantil, viendo cómo Barcelona crecía a su alrededor. Nada de aquella excitación la espera ahora, cuando llega a medianoche, con su maleta pesada de libros y anudada con una cuerda, a convivir con una cuadrilla de parientes psicológicamente trastornados, en un ambiente opresivo y hostil.

Andrea, en su primer encuentro con Román, lo encuentra engrasando una pistola. Es su tío Román el único personaje masculino interesante y con cierta complejidad psicológica, en una novela dominada por los caracteres femeninos. El irritante Román que se jactaba de humillar y denigrar a sus hermanos y a Gloria sin ninguna conmiseración, y que muchas veces era el detonante de las palizas que su hermano Juan propinaba a su esposa.

Román, con su cuarto en las “guardillas de la casa”, como un demiurgo o un maestro de marionetas que manejara los hilos de los restantes habitantes de la casa desde la posición dominante de su atalaya, donde *«tenía muchas cosas que se sentían bien allí»*. Un personaje polifacético: pinta y toca el violín, con ausencias injustificadas y un halo de misterio. Román, el republicano, tal vez espía, que fue torturado en una checa, lo que debió de ser la puntilla psicológica para un ser atormentado como él. Le hace confidencias a Andrea, entre el humo de sus cigarrillos olorosos, como cuando le cuenta que sus otras dos tías, las que no viven en Aribau, se casaron con el primero

que llegó, huyendo de aquella casa... y mientras, enigmáticamente, Gloria los espía desde la escalera.

Es con la mirada y los pensamientos de Andrea, la huérfana adolescente que viene de un pueblo que no la satisfacía y que quiere estudiar en la universidad, con los que nos adentraremos en las retorcidas relaciones de los habitantes de la casa de la calle Aribau, “una bonita colección de monstruos” en palabras de [Jorge Semprún](#) —a quien tanto desagradó la novela por ser obra que “no sirve a los intereses de la clase obrera”.

Una mirada sagaz, a pesar de su edad, que provocaba en su tía Angustias una ira contenida, como cuando le decía: *«Eres muy salvaje y muy provinciana, hija mía»* y que a Andrea le llevaba a pensar de ella que: *«A veces me parecía que estaba atormentada conmigo. Me daba vueltas alrededor. Me buscaba si yo me había escondido en algún rincón.»*

Una mirada que observando a Gloria, veía en ella *«... una vanidad tonta e ingenua que no me resultaba desagradable»* o de la que nos cuenta que *«Su charla insubstancial me parecía el rumor de lluvia que se escuchaba con gusto y con pereza. Empezaba a acostumbrarme a ella, a sus rápidas preguntas incontestadas, a su estrecho y sinuoso cerebro»*. Una Gloria por la que aumentó su simpatía el día que la descubrió posando desnuda para Juan, el inútil pintor que no captaba nada de lo que aquel cuerpo sugería.

Andrea, una vez superado el impacto inicial que le provoca aquella casa y sus extraños parientes, irá acoplándose y sabiendo ganar su espacio entre tantos recovecos, como con su tía Angustias, a la que le ganará el pulso de su libertad de movimientos, o con Román, del que, tras la fascinación inicial, irá conociendo sus mezquindades y manejos.

De los personajes “externos” a Aribau, don Jerónimo, el jefe de Angustias, a quien se le dio refugio durante la Guerra Civil, es el primero del que tenemos referencias. Luego sabremos que fue un amor juvenil de Angustias, con quien su padre, al ser de humilde cuna, no permitió el compromiso de su hija. Y con el que Román aún mortifica a su hermana, acusándola —sin fundamento— de ser su amante.

En el capítulo IV, que tanto ensalzó Juan Ramón, hay un diálogo entre Gloria y la abuela, que Andrea escucha entre las brumas de la fiebre, y que nos desvela la historia del casamiento y embarazo de Gloria en tiempos de la guerra, cuando Juan y Román peleaban en el mismo bando. Juan le pidió a su hermano que llevase a Gloria desde el frente a la casa de Aribau y, en el camino, Román seduce a gloria y la pinta desnuda entre las violetas, un cuadro de mucho más valor artístico que cualquiera de los pintados por Juan. Éste se pasa al otro bando, y el niño nace justo el día que entran los nacionales en Barcelona.

El resto de personajes externos de importancia aparecen cuando Andrea empieza las clases en la Universidad. El de mayor recorrido novelístico es Ena, la única amiga de Andrea y su contraste, jovencita fascinante que encarna lo que sería la heroína de cualquier relato: guapa, enigmática, rica y segura de sí misma, con una malicia e inteligencia proverbiales.

Ena sorprende a Andrea cuando le pregunta por su tío Román, que luego resultará ser un vínculo entre ambas familias. Ena le descubre a Andrea la celebridad efímera de su tío como violinista.

Andrea aún se sigue sorprendiendo *«...por el aspecto de tragedia que tomaban los sucesos más nimios, a pesar de que aquellos seres llevaban cada uno un peso, una obsesión real dentro de sí, a la que pocas veces aludían directamente»*.

El episodio del pañuelo de encaje que Andrea regala a su amiga Ena, porque es lo único que tiene de valor y quiere corresponder a sus atenciones para con ella, le abre definitivamente los ojos sobre su tío Román, que es capaz de acusar falsamente a Gloria de robarlo. Su recelo se torna en abierta desconfianza hacia él:

*Él, Román, más mezquino, más cogido que nadie en las minúsculas raíces de lo cotidiano. Chupada su vida, sus facultades, su arte, por la pasión de aquella efervescencia de la casa. Él, Román, capaz de fisgar en mis maletas y de inventar mentiras y enredos contra un ser a quien afectaba despreciar hasta la ignorancia absoluta de su existencia.*

Y termina el capítulo 6 con la desesperanza más absoluta asentándose en el alma de la joven Andrea, una desesperanza agravada por el frío helador y la fecha en que se producen estos hechos: *«Así acabó para mí aquel día de Navidad, helada en mi cuarto y pensando estas cosas»*.

El cap. 7 se inicia con la marcha de Angustias, aprovechada por Andrea para instalarse en su cuarto. Pero esto no conlleva que la joven gane un mínimo espacio de intimidad en la casa, ya que todos se pasan por la habitación, colocan bártulos en ella y Juan le dice que no cierre nunca la puerta, pues allí se encuentra el teléfono. El escenario sigue siendo macabro y asfixiante en múltiples detalles, hasta el punto de que *«La locura sonreía en los grifos torcidos»*.

Andrea despierta en mitad de la noche y descubre a Román mirándola en la oscuridad, en una escena perturbadora y desasosegante. Poco después, lo pilla leyendo las cartas de amor de Angustias, las que se cruzaba con Jerónimo. Sin inmutarse, su tío la invita a subir a su cuarto porque quiere hablar con ella. Andrea se niega en un primer momento, pero luego sube tras él. Se dan una serie de hechos entre tío y sobrina de corte algo equívoco, como cuando Román le

pregunta: *«Quisiera saber hasta qué punto puedo contar contigo; hasta qué punto puedes llegar a quererme... ¿Tú me quieres, Andrea?»*

Lo que le lleva a plantearse a Andrea: *«Aquella tarde me pareció Román trastornado. Por primera vez tuve frente a él la misma sensación de desequilibrio que me hacía siempre tan desagradable la permanencia junto a Juan».*

Y dicha sensación se acrecienta cuando Román le explica, cínicamente, que había pensado en ella como el auditorio que le hacía falta, y le explica:

*¿Tú no te has dado cuenta de que yo los manejo a todos, de que dispongo de sus vidas, de que dispongo de sus nervios, de sus pensamientos...? ¡Si yo te pudiera explicar que a veces estoy a punto de volver loco a Juan!... Pero ¿tú misma no lo has visto? Tiro de su comprensión, de su cerebro, hasta que casi se rompe...*

Y pese al horror que dichas palabras pudieran causar en la adolescente, Román culmina su parlamento de forma aún más terrible para Andrea:

*Cuando vivas más tiempo aquí, esta casa y su olor, y sus cosas viejas, si eres como yo, te agarrarán la vida. Y tú eres como yo... ¿No eres como yo? Di, ¿no te pareces a mí algo?*

Ella escapa escaleras abajo, perseguida por la risa divertida de Román.

La vuelta de Angustias provocará más tensiones en la vida de la protagonista, además de ser el detonante de que Juan le propine una terrible paliza a su mujer, que volvía de casa de su hermana donde conseguía, jugando a las cartas, el dinero que no lograba ganar su marido.

En el mundo obsesivo de la calle Aribau se teje una tupida red de suspicacias —cuando no de sospechas— cruzadas entre sus habitantes: Angustias-Gloria, Juan-Angustias, Gloria-Juan, con Román azuzándolos a todos y tensando hasta lo insostenible los hilos de sus mezquinas vidas.

Angustias llama a su sobrina, quiere hablar con ella. Andrea, antes de acudir, se dice a sí misma, en una actitud de rebeldía y autoafirmación, que a pesar de circunstancias tan adversas:

*Me di cuenta de que podía soportarlo todo: el frío que calaba mis ropas gastadas, la tristeza de mi absoluta miseria, el sordo horror de aquella casa sucia. Todo menos su autoridad sobre mí.*

Su tía quiere hacerle creer que es poco menos que una perdida, que no tiene redención posible. Tras comunicarle que se va a recoger para siempre en un convento de clausura, le dice: «*No tienes corazón, Andrea*». Y luego, tras una especie de *ubi sunt* de Andrea: «*¿Dónde se ha ido — pensaba yo— aquella familia que se reunía en las veladas alrededor del piano, protegida del frío de fuera por feas y confortables cortinas de paño verde? ¿Dónde se han ido las hijas pudibundas, cargadas con enormes sombreros, que al pisar —custodiadas por su padre— la acera de la alegre y un poco revuelta calle de Aribau, donde vivían, bajaban los ojos para mirar a escondidas a los transeúntes?*», su tía le espeta un terrible «*¡Si te hubiera cogido más pequeña, te habría matado a palos!*». Para terminar, apocalíptica:

*...con la mujer de tu tío Juan ha entrado la serpiente maligna. Ella lo ha emponzoñado todo [...]*

*—Me oyes como quien oye llover, ya lo veo... ¡Infeliz! ¡Ya te golpeará la vida, ya te triturará, ya te aplastará! Entonces me recordarás... ¡Oh! ¡Hubiera querido matarte cuando pequeña antes de dejarte crecer así! Y no me mires con ese asombro. Ya sé que hasta ahora no has hecho nada malo. Pero lo harás en cuanto yo me vaya... ¡Lo harás! ¡Lo harás! Tú no dominarás tu cuerpo y tu alma. Tú no, tú no... Tú no podrás dominarlos.*

La marcha de Angustias hace aflorar el cinismo de Román: «*Me alegro de que se vaya Angustias, porque ahora es un trozo viviente del pasado que estorba la marcha de las cosas... De mis cosas. [...]* Cuando se vaya la querré». Pero también lamenta sarcásticamente su partida, y comenta, en tono wildeano, que ya no podrá leer sus cartas de amor y su diario: «*¡Qué cartas tan sentimentales y qué diario tan masoquista! Satisfacía todos mis instintos de crueldad leerlo*».

El cap. 9, el último de la primera parte de la novela, da comienzo con unas tremendas comparaciones referidas a las amigas de Angustias: «*Como una bandada de cuervos posados en las ramas del árbol del ahorcado*» [...] «*La verdad es que eran como pájaros envejecidos y oscuros, con las pechugas palpitantes de haber volado mucho en un trozo de cielo muy pequeño*». Y acaba con la patética y plástica escena —casi cinematográfica— yendo todos a despedir a Angustias «*Formábamos un conjunto tan grotesco que algunas gentes volvían la cabeza a mirarnos*», y con el sobrecogedor colofón del tío Juan lanzándole improperios a su hermana como un poseso, mientras corre a la par del tren que se alejaba de la estación.

El magnífico final lo cierra la amarga reflexión de Andrea: «*La vuelta a casa fue una calamidad*».

## SEGUNDA PARTE

Esta segunda parte se independiza de la casi exclusividad que el escenario de la casa de la calle Aribau había supuesto en la primera. De la mano de Andrea y sus compañeros de universidad, recorreremos Barcelona y sus alrededores. Conoceremos personajes ajenos a ese submundo siniestro que había acaparado los sentimientos de la adolescente.

Ena se hace inseparable de Andrea hasta que le presenta a Román, después la rehuirá, mientras lleva a cabo su estudiado plan de venganza sobre el hombre que humilló a su madre y puso en peligro la estabilidad de su familia. A Román le ha salido un duro adversario en esa bella y magnética joven que tanto empeño había puesto en conocerle.

Esta segunda parte comienza con Andrea saliendo de casa de Ena diciéndose «*Por primera vez me sentía suelta y libre en la ciudad*». Siguiendo un impulso, va a contemplar la catedral de noche y la interrumpe Gerardo —el que más tarde será el primer hombre que la besa, muy insatisfactoriamente—, y ella piensa de este encuentro: «*¡Maldito!; me has quitado toda la felicidad que me iba a llevar de aquí.*».

Andrea hereda la habitación de Angustias, pero sin conseguir intimidad, y se administra el dinero de su pensión, por lo que, aunque ella es feliz de verse «*desligada de aquel nudo de las comidas en la casa*», a partir de ese momento pasará un hambre crónica, llegando a beberse el caldo de cocer las verduras, cosa que repugna a la mismísima “dientesverdes” Antonia. La narradora nos referirá varias escenas patéticas de esas penurias de modo casi naturalista, con el contrapunto de gastarse una buena cantidad de su paga en rosas para regalar. Y en la calle Aribau también se pasaba hambre, pero —de nuevo el sarcasmo—Trueno estaba lustroso y Antonia bien servida, gracias a la munificencia de Román.

Las palizas de Juan a Gloria van incrementándose, Gloria cree que cualquier día la va a matar y usa como refugio a Andrea y la habitación de Angustias. Mas de toda esta sordidez de su vida doméstica, se puede tomar un respiro Andrea con las escapadas al campo que hace en compañía de Ena y Jaime, su novio. Pero la protagonista nos confiesa que «*Estos chorros de luz que recibía mi vida gracias a Ena, estaban amargados por el sombrío tinte con que se teñía mi espíritu otros días de la semana*». La intimidad que no encuentra en casa con la familia, parece encontrarla en el exterior.

En esta segunda parte, también se incrementan las reflexiones de Andrea sobre múltiples asuntos, reflexiones de las que nos hace partícipes y confidentes. Si en la primera parte era la casa de la calle Aribau y sus moradores los que acaparaban el protagonismo, ahora es el alma de Andrea, su pensamiento, el que nos abrirá sus puertas con mayor profusión.

Es en el capítulo 12 cuando tiene lugar el primer contacto de Ena con Román, cuando ella va a buscar a Andrea para hacer las paces, tras llevar varios días enfadadas. A partir de este momento, Ena rechazará todo trato con Andrea; esto, y el hecho de que los viera un amigo juntos en un cabaré, la llevará a sospechar que su amiga tiene un lío con su tío.

Dos veces en este capítulo pone la autora en boca de Andrea el tema de la raya que divide la vida en un antes y un después: *«Aquél iba a ser un día de esos que en apariencia son iguales a los otros, inofensivos como todos, pero en los que, de pronto, una ligerísima raya hace torcerse el curso de nuestra vida en una época nueva»*.

Y más tarde, tras el encuentro de Ena con Román en su presencia: *«Entonces fue cuando tuve la sensación de que una raya, fina como un cabello, partía mi vida y, como a un vaso, la quebraba»*. Esta bisectriz y la constatación de que algo se quebraba, puede ponerse en relación con el desencanto que se abre paso en Andrea a medida que sus expectativas iniciales se van derrumbando, marca un paso de ecuador entre la inocente pubertad y la descorazonadora edad adulta y se relaciona con el tema principal de la novela, que en palabras de Santos Sanz Villanueva: *«...no es otro que el del acceso a la experiencia, el de la maduración de la persona y el de la adquisición de una idea cierta del mundo»*.

El distanciamiento de Ena propicia la amistad con Pons y el grupo de artistas bohemios que se reunían en el estudio de Guíxols.

En el capítulo XV, ocurre la enfermedad del crío de Juan y Gloria y la persecución de Andrea a su tío por el barrio chino, siguiendo el mandato de la abuela. Allí vive la hermana de Gloria, y se aclara el misterio de las escapadas nocturnas de la joven: eran para conseguir el tan necesario dinero, jugando a las cartas, que no era capaz de conseguir Juan con sus birriosos cuadros.

Las cosas en la casa no mejoran: Román, que había vuelto de una de sus desapariciones, al ver a Trueno lustroso dirá; *«...se está volviendo demasiado decadente... Amigo mío, si sigues así te degollaré como a un cerdo... [...] si este perro sigue así le mataré... No me gusta tanta felicidad y tanto abotargamiento»*. Y sobre su hermano y su cuñada, le dirá a su sobrina: *«Ya sé que ahora tienen una buena temporada éstos —y señaló, irónico, el cuarto de Juan—. No puedo estar tanto tiempo fuera de casa...»*.

Gloria le descubre a Andrea algo que ella parecía ignorar, pero de lo que los lectores teníamos alguna sospecha: *«Tú también le gustabas a Román al principio, ¿no? Ahora ya no le gustas. Ahora le gusta tu amiguita Ena»*. Y Juan, incitado por Román, que sigue sembrando cizaña, insulta gravemente a Andrea, pero ella parece haber alcanzado un nivel de distanciamiento que hace que los asuntos domésticos le afecten menos, tal vez por la mayor presencia en su vida de las relaciones fuera de Aribau, con Ena y su familia y el grupo de los amigos de Pons. Éste la invita a una fiesta y a pasar el verano con ellos.

Jaime solicita la mediación de Andrea para recuperar a Ena, cosa que también hará su madre.

En el capítulo XVII, la autora nos hace vivir la mágica noche de San Juan, que resultará un punto de inflexión en la vida en Aribau y sobre todo en la de Román, que a partir de los sucesos de esa noche, en la que le pide a Gloria que se acueste con él y ella le rechaza, inicia un declive rápido y definitivo.

Andrea es testigo desde su ventana, actuando casi como una espía, de la conversación entre Román y Gloria. Nos enteramos de la cruel burla de Román cuando paran a pasar la noche en el castillo donde la pintó entre los lirios morados, mientras la traía a Barcelona durante la guerra por encargo de su hermano. También nos enteramos del odio que ha animado a Gloria desde aquel episodio y que ha estado esperando ese momento: le escupe a la cara que ella fue la que lo denunció para que lo fusilaran y que lo volvería a hacer. Rechaza con desprecio los intentos de Román por subírsela a su habitación.

A Andrea le parece imposible que Román quisiera acostarse con Gloria, y el desencanto con su tío se eleva un peldaño más. La joven pensará que *«La noche de San Juan se había vuelto demasiado extraña para mí [...] Me tumbé en la cama, casi enferma»*.

Y este “mágico” capítulo se cierra con el broche brutal del mordisco que Román le propina a su perro en una oreja. Román en su degradación se acerca a la animalidad.

Por contraste, el cap. XVIII nos sacará del sórdido mundo de la casa de Aribau para ir de la mano de la cenicienta Andrea a la casa de Pons. Allí, su carroza se convierte en calabaza cuando Pons la menosprecia al declarársele su hermosa prima, con la que presiente una unión mucho más ventajosa de la que podía reportarle la compañera de estudios pobre, morena y flaca a la que hasta entonces había requebrado. Esta decepción hará que Andrea nos haga partícipes de sus reflexiones existenciales:

*Me parecía que de nada vale correr si siempre ha de irse por el mismo camino, cerrado, de nuestra personalidad. Unos seres nacen para vivir, otros para trabajar, otros para mirar la vida. Yo tenía un pequeño y ruin papel de espectadora. Imposible salirme*

*de él. Imposible libertarme. Una tremenda congoja fue para mí lo único real en aquellos momentos.*

Se vuelve a la calle Aribau, y, tal vez con resignación, nos dice: «*Llegaba a mi casa, de la que ninguna invitación a un veraneo maravilloso me iba a salvar, de vuelta de mi primer baile en el que no había bailado*». Otra vez aparece el tema del **desencanto**, que Gonzalo Soberano considera primordial en toda la obra de Carmen Laforet.

Pero volvamos a Román: es éste un miserable que siempre que consigue a una mujer, se complace en humillarla de la forma más cruel posible, así lo hace con Gloria delante de sus compañeros de armas y lo hace también con la madre de Ena, pidiéndole lo máspreciado para ella: su larga trenza, la cual se corta y la envía a su amante. Una vez conseguido su propósito le dirá con desprecio; «*Tengo lo mejor de ti en casa. Te he robado tu encanto —luego concluyó impaciente: —¿Por qué has hecho esa estupidez, mujer? ¿Por qué eres como un perro para mí?*». Este episodio, que parece de claro simbolismo: trenza- virginidad, tal vez para salvar posibles censuras de la época, se lo confesará la madre de Ena a Andrea en el capítulo XIX, el que tanto desagradó a Juan Ramón Jiménez, y que abre la tercera parte de la novela.

### TERCERA PARTE

La madre de Ena le cuenta a Andrea que su padre ofreció dinero a Román para que se alejara de su hija y él lo aceptó, incluso tuvo la desvergüenza de firmarle un recibo. Sólo cuando su padre le pone entre las manos el justificante de la iniquidad de Román, será cuando se abran definitivamente los ojos de la enamorada. La mujer solicita la ayuda de Andrea, como lo hizo Jaime, para apartar a su hija de Román, ayuda que le promete la protagonista, aun sin esperanzas de conseguir ningún resultado.

Mientras, la casa de Aribau se desmorona, y no sólo en lo relativo a las relaciones entre sus moradores: Gloria, para subsistir, va a ir vendiendo al *drapaire* muchos de los muebles y enseres, como las caras cornucopias, con la aquiescencia de la abuela y oposición de los dos hermanos.

Andrea, en un extraño arrebato, insulta a Gloria cuando le comunica que esa tarde va a acudir Ena al cuarto de Román, y hace insinuaciones sobre lo que pasará allí. Andrea defiende a su amiga y la llama sucia, luego escapa iracunda de la casa.

Cuando vuelve, ya están en la buhardilla Ena y su tío. Andrea escucha su conversación agazapada tras una ventana y comprueba que Ena conocía la historia de su madre con Román. Se asusta al oírle hablar en un tono que no le había oído nunca «*La voz de Román reptaba como una*

*serpiente*». Andrea llega a sospechar que su tío tiene la pistola en el bolsillo, y le dice a Ena que salgan corriendo de allí.

Ena le dice a Andrea que la ha salvado, y el vínculo entre las dos jóvenes se estrecha. entonces le cuenta la verdad de todo su interés en buscar aquella relación con su tío:

*«A nadie he logrado desesperar así, humillar así...» [...]*

*«¡Ah! ¡Qué placer! Saber que alguien te acecha, que cree tenerte entre sus manos, y escaparte tú, dejándole burlado... ¡Qué juego extraño!... Román tiene un espíritu de pocilga, Andrea. Es atractivo y es un artista grande, pero, en el fondo, ¡qué mezquino y soez!... ¿A qué clase de mujeres ha estado acostumbrado hasta ahora? Supongo que a seres como a esas dos sombras que rondaban la escalera cuando yo subí a verle... Esa horrible criada que tenéis, y la otra mujer tan rara, con el pelo rojo, que ahora sé que se llama Gloria... Y también, quizás, a alguna persona muy dulce y tímida, como mi madre... »*

Tras las confesiones de su amiga, Andrea nos hará una a los lectores: *«Yo tuve que sonreírme. En pocos días la vida se me aparecía distinta a como la había concebido hasta entonces. Complicada y sencillísima a la vez»*.

La tragedia, que se venía gestando y de la que Andrea tiene presagios claros: *«No sé qué latidos amargos tenían las cosas aquella noche, como signos de mal agüero»*, se desencadena en el capítulo 23, con el suicidio de Román. Es con la cruda descripción de la criada Antonia, convulsa, tirada en el suelo y enseñando sus “negruras interiores”, como la escritora nos implica en la tragedia; y es la misma Antonia la que le pone un punto de astracanada cuando exclama a grito pelado *«¡Ah!, ¡ay!, Trueno, hijito mío, ya no tienes padre...»*.

Andrea acaba metida desnuda en la bañera, abriendo los grifos para que surja un agua en la que busca la purificación. Este gesto de la ducha o el baño, como simbolismo purificador, se repite a lo largo de la novela.

Se hace patente el dominio que ejercía Román sobre su hermano, nos lo cuenta una afectada Andrea: *«Pero aún nos faltaba oírle llorar. Nunca, por muchos años que viva, me olvidaré de sus gemidos desesperados. Comprendí que Román tenía razón al decir que Juan era suyo.*

Antonia y Trueno huyen “los dos juntitos”, como ratas que abandonaran el barco que se hunde. Y el capítulo tenía que terminar de forma tan cruel como empezara, con el enloquecido Juan maldiciendo a su madre en connivencia con sus dos hermanas casadas. Este sinsentido nos lo *pinta* la autora con un lúgubre broche de sobrecogedora fuerza

plástica: «*Entonces todo el cuarto se removió con batir de alas, graznidos. Chillidos histéricos*».

El cierre circular de la novela se produce cuando Andrea sale con su maleta mal atada para irse a Madrid, donde Ena le ha conseguido un trabajo en el despacho de su padre y donde podrá continuar con sus estudios. Andrea, aquella chica rara que llegó desde el pueblo hace la eternidad de un año, y que vuelve a contemplar las ventanas de la casa de la calle Aribau que la recibieron aquella noche *tan lejana*. Y en uno de los últimos párrafos nos da una pista sobre el título de la novela: «*De la casa de la calle de Aribau no me llevaba nada. Al menos, así creía yo entonces*».